

Diablotexto *Digital*



SOBRETEXTOS: RESEÑAS

**María Flores Ruiz y Fernando Durán López
(eds.): *Almas perdidas: crápula,
disipación y vida nocturna en
las letras españolas* (siglos XIX y XX).
Alicante: Universitat d'Alacant, 2022,
289 pp.**

**MÍRIAM POVEDANO NAVAS
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA**

miriampovedanonavas@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-9943-3812>

Diablotexto Digital 12 (diciembre 2022), 292-297
DOI: 10.7203/diablotexto.12.25761
ISSN: 2530-2337



Almas perdidas: crápula, disipación y vida nocturna en las letras españolas (siglos XIX y XX) propone, bajo la edición de Eva María Flores Ruiz y Fernando Durán López, dar voz propia a los tipos más disolutos, viciosos y despreciables de una sociedad que va del costumbrismo al decadentismo en menos de cien años, siendo estos arquetipos el máximo reflejo del gran cambio que se está produciendo. En este espacio, se erigen como protagonistas personajes de dudosa moralidad, gracias a un libro estructurado en torno a cuatro grandes bloques por los que pululan ludópatas, puteros, drogadictos y aquellos que buscan refugio en la noche como forma de transgresión.

Bajo el título de “Segundo azar”, se recogen los trabajos de Enrique Rubio Cremades, Miguel Ángel Lama y Marta Olivas, centrados en la figura del ludópata, en los que se destaca la dificultad bibliográfica que existe para estudiarlo. El primero de los autores aborda al jugador desde la perspectiva del costumbrismo, de manera que en este contexto literario no puede caracterizarse de lleno como un tipo, sino como una conducta, por lo que se centra en espacios, modos de vida, incidencias y tipos de jugadores, al mismo tiempo que resalta una tradición literaria que perfila y configura el arquetipo del ludópata marcado por el desenfreno y la “mirada atractiva” (29).

Si Rubio Cremades propone una lectura en la que tiene cabida la tradición literaria, Miguel Ángel Lama se adentra en la obra *La rueda de la desgracia*, de Carolina Coronado cuyo conocimiento sobre el juego es obtenido a través de lecturas previas de la autora en las que tanto jugador como juego eran considerados peligros sociales, realizándose, por ende, una oposición entre el hogar y el casino, ya que este se convierte en la imagen de la ruptura social. Además, la obra “quería trascender la crítica al juego y su autora no escondió su pretensión de hacer un repaso al estado sociopolítico de una nación en un momento de especial relevancia histórica” (47).

La ludopatía y sus consecuencias se cierra con el capítulo dedicado a *El secreto de la ruleta*, de Antonio de Hoyos y Vinent, “una novela de ambiente, en la que Antonio de Hoyos traza una geografía de lugares de placer en medio de un continente que se desmorona a causa de una guerra” (67) y para retratarlo nos sitúa ante un protagonista que desde Francia viaja a San Sebastián a



derrochar una maltrecha fortuna que lo llevará a la quiebra debido, en parte, a su amante. Esta será descrita como una *femme fatale* pero, también, como una mujer marcada por el vicio, aunque a medida que se desarrolla la obra, la amante se convertirá en víctima del tiempo, de manera que Marta Olivas plantea la visión del juego como única forma de resistencia.

Después de este recorrido por el juego y el jugador, tiene su protagonismo el putero gracias a una segunda parte en la que comenzamos “Recorriendo el burdel que nos ampara”. En ese paseo por los bajos fondos, Elizabeth Amann e Isabel Clúa realizan un recorrido por cinco novelas de los años 30 y 40 del siglo XIX, en el caso de Amann, y por las *Memorias de una cortesana* (1903), en el caso de Clúa, partiendo de las distintas visiones de la prostitución: forzada, para solventar una necesidad social o como desafío y transgresión social de la mujer. Para Amann estas visiones tan diversas tendrán repercusión en la percepción que se tenga del putero, mientras que Clúa sitúa a los puteros como foco de degeneración y perversión.

En los estudios de María de los Ángeles Ayala, Emilio Peral Vega y Alberto Romero Ferrer nos enfrentamos a distintos enfoques de la prostitución. Ayala, tras un breve periplo por distintas obras, se centra en *¡Quiero que me ahorquen!*, de Luis Antón del Olmet para subrayar la simbología del prostíbulo como espacio de refugio que sirve para urdir un plan contra su amante, aunque finalmente el protagonista termina perdiendo el espacio de salvación y se da al alcoholismo. Peral Vega, en cambio, nos habla de la asimilación del homosexual a la prostitución, distinguiendo entre el mantenido, los heterosexuales por dinero y el profesional que se dedica enteramente a ello en la obra *Locas de postín* (1919), de Álvaro Retana. Finalmente, este capítulo se cierra con el estudio de Romero Ferrer, que se adentra en determinar la vinculación existente entre ser cómica y la prostitución, puesto que el desempeño de este oficio poseía fuertes connotaciones sexuales por el exhibicionismo, ya que se cosifican las tablas al fijarse el público en cuestiones sexuales, pasando el éxito de la representación por las mismas.

“Los infiernos artificiales” son el salvoconducto para heroinómanos, cocainómanos, alcohólicos y un sinfín de personajes afectados por el vicio de



las drogas. Con estos presupuestos, Salvador García Castañeda profundiza en cómo afecta el alcohol a los personajes de la obra costumbrista de Pereda y otros autores santanderinos, al ser este uno de los grandes problemas de la ciudad del momento, de ahí que el vino sea considerado “la causa de la decadencia de la raza y la destrucción de las familias” (162). Por su parte, Eva María Flores Ruiz apuesta por traer al primer plano a dos personajes secundarios de la novela canónica. Nos enfrentamos a dos mujeres con un vicio opuesto: Mauricia la Dura, alcohólica y María de la Espina, morfinómana. Ambas unidas al representar una conducta distinta a la exigida por la sociedad para ellas, pero, sobre todo, por “el vagar perdidas, enredadas en el deseo de trascender la miseria que las rodea, y aferrándose al sueño de un paraíso que resulta ser irracional” (177).

Si existe un ejemplo paradigmático de adicto en la literatura, es, sin duda, el poeta modernista. Javier Cuesta Guadaño se centra en este tema para subrayar la ensoñación que produce el opio como tema literario con distintos valores o presupuestos que van desde la anulación de los sentidos en favor de lo onírico hasta la percepción de la droga fuera de la visión decadentista finisecular, deteniéndose en el rechazo de la morfina por atentar contra el ideal religioso.

El broche a estos paraísos momentáneos lo pone Nieves Vázquez Recio al estudiar la relación entre mujeres y drogas en la obra de Blanca de los Ríos, situándonos ante una protagonista que encarna el prototipo de mujer aristócrata adicta de finales de siglo. Este personaje es el reflejo de “una sociedad podrida” (201), donde el morfinómano es considerado “como un amoral, una bestia” (201), de ahí que la muerte de Mari-Sol sea el reflejo de una ideología en la que se pagan las consecuencias del vicio.

Finalmente, en la última parte, bajo el título de “Infame turba de nocturnas aves” tiene su recoveco todo personaje que busque en la noche un refugio en el que desarrollar una doble vida. Así, Fernando Durán López se detiene en el desafío al desclasamiento que supone la introducción de las clases altas en el submundo de las clases más deprimentes, patente en el artículo de Larra “Las calaveras” y el de Emilio de la Cerda (1890), el libro *El bandolerismo. Estudio*



social y memorias históricas, de Julián de Zugasti o en “La feria de Sevilla”, de Bécquer, pues en todos ellos destaca la inserción de estos hombres de clase alta entre las gentes más pobres que constituyen esa España pintoresca, dando paso a la corrupción, de manera que se apuesta por compartir espacios aunque cada uno deba permanecer dentro de su clase.

José Manuel Camacho Delgado nos lleva a la otra orilla del Atlántico para repasar la obra teatral de Roberto Arlt y ofrecernos toda una pléyade “de perdedores y personajes golpeados por la vida [...] Delincuentes, prostitutas, criaturas deformes y malhechores de toda condición y pelaje” (237) que recorren obras como *Trescientos millones* (1932), *La fiesta del hierro* (1940) o *El desierto entra en la ciudad* (1942) y son el reflejo de la bajeza social y humana. En cambio, Alberto González Troyano nos propone, por un lado, sumergirnos en la obra *La orgía*, de José Más para realizar un recorrido por la imagen del señorito que será el emblema de esa Andalucía literaria y, por otro lado, presta atención a la complejidad de un arquetipo fuertemente fijado que al asemejarse a cuestiones de índole moral o reflexiva se diluye y cambia de actitud, desapareciendo, así, el tipo.

El colofón final proviene del carácter intermedial e interdisciplinar que recubre todas las manifestaciones artísticas, pues estos tipos y actuaciones son fácilmente extrapolables a representaciones pictóricas. Por ello, Pascual Riesco Chueca señala las diferencias artísticas entre literatos y pintores, pues, en primer lugar, el nuevo artista no bebe de pasajes literarios para realizar sus creaciones y, en segundo lugar, el pintor cobrará gran auge social por la demanda burguesa de sus obras mientras que los literatos serán desplazados a los márgenes de la sociedad. Así, la pintura será testigo de los nuevos tipos que van desde el bohemio atormentado hasta la prostituta, el auge del alcoholismo y la soledad o la llegada de la luz y una nueva vida que plasmar.

En definitiva, el volumen colectivo realiza un intenso periplo por los lugares más oscuros y anómalos que envuelven a personajes poco frecuentados dentro de las letras hispanas, convirtiendo en protagonista a todo ser desfasado y desalmado, degradado y amoral, desclasado y transgresor que pulule por los siglos XIX y XX. Siempre con el afán de presentar nuevas líneas de investigación



y completar un panorama literario que articule con exactitud los tipos que deambulaban por la sociedad de aquella época.